
ENCUENTRO DE JUAN PABLO II CON LAS RELIGIOSAS Y RELIGIOSOS COLOMBIANOS

Javier Osuna, S. J.

El Papa Juan Pablo II se encontró con las religiosas en la Basílica Catedral de Villanueva en Medellín, el 5 de julio. El primer día de su visita pastoral, en la Catedral Primada de Bogotá, se había dirigido también a los sacerdotes y seminaristas, diocesanos y religiosos. En ambas ocasiones, el contenido de su enseñanza fue un "llamado a la fidelidad" con su propia vocación y con su servicio al pueblo de Dios. En otros diversos momentos de su peregrinación por los caminos de Colombia se reencontró varias veces con religiosas y religiosos a campo abierto, confundidos con el pueblo creyente a cuyo servicio entregan sus vidas: en Tumaco, en el estadio Atanasio Girardot de Medellín, en el Campo Chambacú de Cartagena. En sus oportunidades su enseñanza fue más dirigida a profundizar su compromiso con la causa de los pobres y con la promoción de la justicia.

Si se quiere, pues, conocer el mensaje completo del Papa a los religiosos colombianos, no sería suficiente la reflexión sobre sus discursos en las catedrales de Bogotá y Medellín, en donde la exclusividad de sus interlocutores probablemente determinó el carácter de su enseñanza, más preocupada por urgir a sacerdotes, religiosos y seminaristas, la coherencia con su propia identidad. Hay que releer el contenido más rico de su palabra en los otros discursos, en los que apareció más vigorosa su urgencia por una nueva evangelización para el futuro de un continente cristiano pero agobiado por el gravísimo pecado de la injusticia social. Temática que estuvo ausente de los encuentros primeros.

Un llamado a la fidelidad

A los sacerdotes y seminaristas de Bogotá, la palabra del Papa se centró en una invitación a ser fieles servidores de Cristo

y administradores de los misterios de Dios. Aunque entre los sacerdotes congregados en la Catedral había numerosos religiosos, el Papa se dirigió a ellos como sacerdotes o como aspirantes al presbiterado. No hubo, pues, un mensaje directo para la vida religiosa como tal.

¿Qué hacer y cómo prepararse para proseguir su obra evangelizadora y para ser dignos sucesores de tan esclarecidos ejemplos de fidelidad a Cristo y a la Iglesia?

Fidelidad, ante todo, a lo que están llamados a dar: la palabra de salvación, los sacramentos, el amor y la gracia de Cristo. Esta fidelidad se enmarca en el misterio de la Iglesia, comunión de hermanos guiados por quienes representan a Cristo cabeza en la comunidad eclesial.

Al recordar los elementos esenciales de la fidelidad, el Papa alienta a conocer y estudiar el Concilio Vaticano II, a hacerlo materia de oración, a asimilarlo y llevarlo a la práctica en la vida personal y en la comunidad cristiana.

Según el mismo Concilio, la prioridad en la misión del sacerdote se halla en la celebración de la Eucaristía, que hace accesible el misterio de la Redención a todos los hombres de nuestro tiempo, especialmente a los pobres, los enfermos, los niños, los jóvenes, la familia. A través de la Eucaristía se podrá descubrir mejor la importancia de los otros sacramentos, particularmente la confesión, cuya experiencia personal por medio del frecuente recurso al sacramento, el Papa recomienda especialmente a los sacerdotes.

El Papa se refiere rápidamente a que no se debe separar, sino integrar, la promoción humana con la evangelización. En las circunstancias actuales de Colombia esta tarea se hace urgente de modo especial, mediante la búsqueda de una promoción social de las muchedumbres desposeídas que tienen derecho a vivir dignamente, como hombres e hijos de Dios. Hay que orientar a ese campo las preocupaciones pastorales, especialmente en la presentación clara y auténtica de la doctrina social de la Iglesia.

Pero advierte el Papa que las opciones e iluminación que necesitan los cristianos en el ámbito de la promoción y liberación de los más necesitados, sólo puede hacerse según el ejemplo

de Jesús y a la luz del Evangelio, que prohíbe el recurso a métodos de odio y de violencia. Es una advertencia que acompañará siempre su exhortación a la opción preferencial por los pobres. Esta no significa, dice, "considerar al pobre como clase, y menos como clase en lucha o como Iglesia separada de la comunión y obediencia a los pastores". La tarea de la Iglesia, de contribuir a la liberación social, ha de llevarse a cabo con la conciencia clara de que la primera liberación que ha de procurarse al hombre es la liberación del pecado y del mal moral que anida en su corazón.

Para vivir un recto amor y una opción preferencial por los pobres y marginados, es preciso un corazón de pobre, según el espíritu de las bienaventuranzas; es necesaria una vida sacerdotal pobre a imitación de los apóstoles y de los santos sacerdotes de todos los tiempos.

El Papa hace un llamado a los religiosos para que continúen integrándose plenamente en la acción parroquial y diocesana, con la aportación específica de su propio carisma y de su experiencia peculiar de vida apostólica.

El ser profundo de la vida consagrada

En la Catedral Metropolitana de Medellín, el Papa se dirigió a las religiosas allí congregadas y a todas las que entregan sus vidas en los numerosos campos de la Iglesia, muchas veces cerca de los más pobres.

Comienza Juan Pablo II rindiendo homenaje a las que en estos servicios de caridad dieron su vida por Cristo, especialmente con ocasión de desastres naturales o de ministerios en lugares difíciles y lejanos. El Papa evocó también el recuerdo de personas santas que precedieron en este camino evangélico en tierras colombianas, recordando particularmente a la Madre Laura Montoya, de cuya beatificación durante la visita papal se estuvo hablando en Colombia.

Para las religiosas, la palabra del Papa se concentró en una invitación a reflexionar sobre su propia identidad. ¿Quiénes sois y qué representáis en la Iglesia y en el mundo?

El ser profundo de la vida consagrada, les dijo, consiste en un don permanente de Dios que se traduce en entrega esponsal al Señor. Esta donación es una respuesta incondicional a una declaración de amor que se nutre en la fe y en la oración, a ejemplo de María. Jesucristo vivo es el punto de referencia de toda vocación, en la fidelidad y docilidad. No hay que buscar otro camino para la alegría honda y serena de la vida religiosa que el abandono activo y responsable a la voluntad de Dios.

El Papa hizo una invitación a la oración contemplativa, como María, para poder ser testigos audaces y signos ante el mundo de la presencia del Señor y del encuentro definitivo con El. La contemplación se convierte en capacidad de influjo evangelizador.

La práctica de los compromisos de pobreza, castidad y obediencia no puede perder su genuina significación religiosa que es de seguimiento evangélico a la luz de la fe. El Papa advierte contra cierta tendencia a vaciar el verdadero contenido evangélico de estos compromisos. Todos los hermanos, pero especialmente los pobres y los que sufren, necesitan ver en ellas el modo de mirar, amar, escuchar y servir a Cristo.

El reto que el mundo de hoy lanza a la Iglesia, preguntando por una esperanza liberadora, solamente se responde presentando una vida que transparente las bienaventuranzas, para lo cual es necesario hacer de la vida un Magnificat, un sí gozoso, un canto a la misericordia que libera a los pobres.

Como a los presbíteros, el Papa exhorta también a las religiosas a la comunión con la Iglesia. Mantened invulnerable la unidad con el sucesor de Pedro y con los obispos y sincera sumisión al Magisterio. Siempre en colaboración con los obispos como principio de unidad en sus Iglesias particulares, sabéis y podréis colaborar con plena disponibilidad a la evangelización, ayudando especialmente a las comunidades eclesiales más necesitadas, según las características del propio carisma.

Hacia una nueva evangelización de América Latina

Si en los encuentros exclusivos con sacerdotes y religiosos, el Papa centró su atención en recordarles la fidelidad a la vocación y la comunión y amor a la Iglesia y fueron pocas sus

palabras sobre el compromiso evangelizador, los campos abiertos de Chambacú y el estadio Atanasio Girardot, donde volvió a encontrar a los religiosos junto con el pueblo de Dios, fueron escenario de un vigoroso llamamiento a una nueva evangelización del Continente, en la línea de los primeros evangelizadores, con un marcado énfasis en la opción por los pobres y la acción por la justicia.

En Chambacú, Juan Pablo II quería dar gracias por la evangelización de América, al conmemorar quinientos años de presencia de la Iglesia.

El mensaje del Papa en Chambacú ha de entenderse, a la luz de su enseñanza en Santo Domingo. En aquella ocasión hizo una afirmación categórica:

En este momento solemne deseo reafirmar que el Papa, la Iglesia y su jerarquía quieren seguir presentes en la causa del pobre, de su dignidad, de su elevación, de sus derechos como persona, de su aspiración a una improrrogable justicia social. Para ello, con tal que actúen con los criterios antes indicados y en unión con sus Pastores, las personas e instituciones eclesiales que trabajan con encomiable generosidad en la causa de los pobres, han de sentirse hoy no frenadas, sino confirmadas y alentadas en su propósito. . . la Iglesia ve en este jubileo un llamamiento a un nuevo esfuerzo creador en su evangelización. . . se precisan por eso, en primer lugar, abundantes o por lo menos suficientes vocaciones sacerdotales y religiosas (que escuchando la llamada de Dios) sigan de cerca a Cristo, para asociarse con tal entrega a su estilo de vida, a su donación desinteresada a todos y cada uno de los hombres encontrados en el camino". (Homilía, octubre 11 de 1984).

El ejemplo de Cristo de amor al menesteroso, se ha concretizado para la Iglesia en Latinoamérica, sobre todo a partir de Medellín y Puebla, en la llamada opción preferencial por los pobres. En la perspectiva del ya cercano medio milenio de evangelización, la Iglesia en América Latina se halla ante esta tarea importantísima que hunde sus raíces en el Evangelio. No cabe duda que la Iglesia ha de ser íntegramente fiel a su Señor, poniendo en práctica esta opción, ofreciendo su generoso aporte a la obra de "liberación social" de las muchedumbres desposeídas, a fin de lograr para todos una justicia que corresponda a su dignidad de hombres e hijos de Dios. (*Ibíd.*).

Ahora, en Chambacú, Juan Pablo II recuerda a los primeros misioneros que llegaron a estas tierras, "remontaron corrien-

tes de ríos, atravesaron montañas y surcaron valles anunciando el mensaje evangélico". Con la predicación del Evangelio, comprendieron "como tarea evangelizadora no secundaria, el proceso de transformar las condiciones sociales del indígena". Nació una religiosidad latinoamericana verdaderamente mestiza. Entre los personajes providenciales, el Papa menciona a dos sacerdotes jesuitas: Alonso de Sandoval y San Pedro Claver, con su labor liberadora que no se limitó a razonamientos escritos, sino que se llevó a la práctica en asombrosa actividad.

El nuevo compromiso misionero tiene una característica peculiar: llevar el Evangelio a las culturas y situaciones humanas, dice el Papa. Un verdadero proceso de inculturación en el que la Iglesia, junto a su ineludible actitud de denuncia de los falsos ídolos presentes en ciertas manifestaciones culturales, ha de empeñarse en hacer realidad el principio de la encarnación, pues fue esta la manera como nos salvó Cristo. Esta misión implica exigencias de inserción en cada pueblo, de respuesta a sus legítimas aspiraciones a la luz del misterio redentor.

Mirando el panorama actual de Colombia, el Papa señala incentivos y signos claros de la Providencia en vistas a un mejor proceso de evangelización. Entre ellos, en primer lugar, el ansia creciente de la Palabra de Dios que se nota en nuestras comunidades y que reclama una dedicación a la formación catequética que lleve espontáneamente hacia una celebración litúrgica más consciente y participada y a una vida nueva en el Espíritu. Luego, un esfuerzo por fomentar en el cristianismo una mayor coherencia entre fe y vida: "la Iglesia en Latinoamérica y concretamente en Colombia, está llamada a dar un alma cristiana a esta situación de cambios audaces y acelerados".

Se pregunta el Papa: "¿Por qué hay injusticias tan grandes en nuestro continente, que es mayoritariamente católico"? Y agrega:

"La denuncia evangélica de las injusticias es parte integrante del servicio profético de la Iglesia que no puede dejar de hablar; pero sabemos que esto no basta. Todo católico, en comunión con los Pastores, ha de ser verdadero testigo y agente de la justicia en la animación cristiana de lo temporal y en todos los sectores de la sociedad". "Esta es la originalidad cristiana, reto a los creyentes

de América Latina, si quieren de veras contribuir con obras, y no sólo con palabras, al advenimiento de una nueva civilización". "El tercer milenio de la historia espera mucho de América Latina, a la que la Divina Providencia, en sus arcanos designios, podría llamar a desempeñar un papel relevante en el mundo y en toda la obra de evangelización *ad gentes*".

Un llamado a la justicia social

Los moradores de los barrios populares y marginados de Medellín, cuarenta mil líderes obreros y una multitud de sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos, escucharon al Papa en el estadio Atanasio Girardot haciendo una solemne convocatoria:

Desde el corazón de esta ciudad de Medellín, que fue sede de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, quiero lanzar un nuevo llamado a la justicia social. Un llamado a los países desarrollados para que, superando los esquemas de una economía orientada casi exclusivamente en función del rendimiento máximo con miras a su solo beneficio, busquen conjuntamente con los países en vías de desarrollo soluciones reales y efectivas a los graves problemas que cada día van asumiendo proporciones más preocupantes y cuyas víctimas son casi siempre los más débiles.

La invitación se extendió también a crear una "auténtica solidaridad continental" entre los países de América Latina para encontrar vías de entendimiento en los graves problemas que condicionan su progreso.

A los dirigentes colombianos en el campo de la política, la economía, la cultura, los exhortó apremiantemente a construir la paz, advirtiendo, sin embargo, que "una paz verdadera será realidad sólo cuando se hayan eliminado las causas de la injusticia". "Poned todo vuestro empeño para que se creen esas estructuras renovadas que permitan a todos los colombianos vivir en paz y armonía".

Pero este llamado a la justicia social, que constituyó la culminación de su discurso, había sido precedido por una profunda reflexión sobre las razones para amar y hacer respetar a los pobres y por una enseñanza pastoral de fondo sobre "la promoción humana y cristiana de los más pobres".

El Papa se mostró consciente de hablar a gentes que representaban "sectores del país en los que se vive una particular situación de pobreza y marginación".

Dios quiere el bien de los más débiles, de los necesitados, de los que llevan en sus rostros las huellas de Cristo sufriente, comenzó el Papa recordando a Puebla. Es el Señor que "ha ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las ha revelado a los pequeños. Esta plegaria de Cristo resuena con especial fuerza y significación esta tarde, porque a los humildes, a los sencillos, son reveladas las riquezas del Reino de Dios".

"Nadie tiene tantas razones para amar, respetar y hacer respetar a los pobres como la Iglesia", dijo. Recordando la reciente instrucción sobre libertad cristiana y liberación, añadió: "Tal es su dignidad (la de los pobres) que ninguno de los poderosos puede arrebátarsela; tal es la alegría liberadora presente en ellos".

Dirigiéndose a los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que dedican su generoso esfuerzo al servicio de los más necesitados, agradeció el trabajo apostólico de tantas personas que ven en los pobres "los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela" (*Puebla*, 31). Este amor de preferencia a los pobres debe continuar siendo característica y labor prioritaria de la Iglesia, fiel a su Señor, pobre y humilde de corazón. Les pidió encarecidamente continuar ilusionados en esa edificante tarea de asistencia y santificación, mediante la Palabra y los sacramentos, en comunión plena con sus Pastores y con las enseñanzas de la Iglesia e inspirados en su doctrina social.

Ante todo, una advertencia. "No se puede ir a los pobres sin un corazón de pobre. . . por eso se necesitan apóstoles que sigan e imiten a Cristo en su vida de pobreza, sin ambiciones egoístas y con gran capacidad de escucha y de sensibilidad para con los hermanos".

Todos ellos realizan un importante y significativo esfuerzo de pastoral social con miras a la promoción humana y cristiana de los más pobres, continúa el Papa. Recuerda que esto no consiste solamente en el esfuerzo profético de la denuncia de los males, ni puede reducirse a consignas y estrategias socio-políticas. "Esta pastoral debe ser un auténtico servicio a los

más pobres desde el Evangelio". Para ello, hay que seguir muy de cerca los pasos del Señor Jesús y ser fiel a sus enseñanzas en el espíritu del sermón de la montaña; y ha de enmarcarse, para asegurar su eficacia, en la pastoral de conjunto de cada Iglesia particular.

La presencia de la Iglesia entre los pobres no puede reducirse a la dimensión de la promoción humana en el campo de la justicia social. Su misión abarca todos los campos de la acción pastoral cuyo eje ha de ser una preocupación evangelizadora, como el mejor servicio a los hermanos más necesitados.

Pero la Iglesia no puede dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, que es una de las principales exigencias del Evangelio y a la vez fruto de la venida del Reino de Dios. Por eso, un aspecto insoslayable de la evangelización es dar mayor vigor a una activa preocupación social.

La Iglesia ha de advertir a los que tienen de sobra y viven en el lujo de la abundancia, que salgan de la ceguera espiritual, que la dignidad humana no está en el solo "tener", que tomen conciencia de la situación dramática de quienes viven en la miseria y padecen hambre. Hay que compartir lo suyo con los que nada o poco tienen para construir una sociedad más justa y solidaria.

Y a todos los ahí reunidos, representantes de los barrios pobres, sacerdotes, religiosos y laicos que trabajan con ellos, les hace un llamado a la solidaridad para buscar juntos las condiciones necesarias a fin de que la esperanza en una tierra nueva, que puede parecer una utopía, se vaya haciendo realidad ya en la vida de sus comunidades.

Este será el fruto de la "noble lucha por la justicia", que no es una lucha de hermano contra hermano, ni de grupo contra grupo, sino que estará siempre inspirada en los principios evangélicos de colaboración y diálogo, excluyendo toda forma de violencia.

Esta solidaridad a la que invita el Papa debe "echar sus raíces más profundas y sacar su alimento cotidiano de la celebración comunitaria de la Eucaristía, donde se descubrirá la exigencia

de solidaridad y de compartir, como expresiones de la maravillosa realidad de que todos somos miembros de una unidad familiar”.

“En este espíritu solidario”, cada uno debe hacer frente a sus propias responsabilidades para que todos los colombianos puedan disfrutar de condiciones de vida conformes con su dignidad de hijos de Dios y miembros de una sociedad que se precia de ser cristiana”.

El Papa recuerda, finalmente, que en el complejo problema de la pobreza existen causas no sólo coyunturales sino también estructurales, relativas a la organización socioeconómica y política de las sociedades. Estas causas han de ser atacadas, pero sin olvidar que detrás de ellas está también la responsabilidad de los hombres que crean estructuras y organizan la sociedad; hombres con el pecado del egoísmo, causa radical de tantos males sociales. Por eso la Iglesia pide la conversión del corazón para que todos, en empresa solidaria, colaboren en la creación de un nuevo orden social que sea más conforme con las exigencias de la justicia.

Para que la paz domine por los caminos de Colombia

Durante la catequesis de la audiencia general del miércoles 16 de julio, Juan Pablo II hizo una reseña de su peregrinación “con la paz de Cristo por los caminos de Colombia”. Durante ella destacó estas importantes palabras:

A fin de que la paz, que Cristo trae, pueda dominar por los caminos de Colombia, es necesaria una evangelización completa y coordinada con el espíritu de la doctrina social de la Iglesia, comprometida en múltiples actividades en favor de la justicia social, de la salvaguardia y promoción de los derechos de la persona, de la familia y de las comunidades humanas, de forma que se cree una más equilibrada igualdad en medio de los evidentes contrastes de un mundo muy rico y otro demasiado pobre.

Pienso que en estas palabras puede resumirse el mensaje del Papa a los religiosos colombianos, en orden a un mejor cumplimiento de su misión evangelizadora.

Hablando a solas con ellos, el Papa los instó a la fidelidad, a la vocación, a la donación total al Señor, a la vivencia de sus vo-

tos como seguimiento evangélico de Jesús pobre y humilde, a la oración y contemplación, a la comunión con la Iglesia y a la sumisión al magisterio. Pero al dirigirse a las multitudes entre las que ellos estaban mezclados como servidores de los más necesitados, los exhortó a esta evangelización completa, en busca de una sociedad más solidaria, en "noble lucha por la justicia", inspirados en la enseñanza social de la Iglesia.

Esta "evangelización completa y coordinada con el espíritu de la doctrina social de la Iglesia" a la que llama el Papa como condición necesaria para la paz, ha de comprometer a todos los religiosos a un estudio y asimilación de sus compromisos peculiares en servicio de la justicia, como exigencia de la fe. La reciente instrucción sobre libertad cristiana y liberación, en sus capítulos IV (Misión Liberadora de la Iglesia) y particularmente el V (La Doctrina Social de la Iglesia: por una praxis cristiana de la liberación), ha de ofrecer un material rico de reflexión para orientar las verdaderas exigencias de la opción preferencial por los pobres con miras a su liberación integral, opción que como religiosos nos compromete a todos, en palabras del Papa, para que la Iglesia pueda verificar "su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la 'Iglesia de los pobres'" (*Laborem Exercens*, 8).